


 ATENTADO DE ETA

A las 7.30, en el Ayuntamiento

Su agenda diaria estaba repleta hasta el anochecer en un despacho abierto al ciudadano

JAVIER ROLDAN
DV. SAN SEBASTIAN

A las seis de la mañana ya le sonaba el despertador. Rápidamente ponía en marcha la radio y escuchaba atentamente el torrente informativo del momento. Tras la ducha, desayunaba a solas, porque su mujer y su hijo dormían a esas horas. Todos los días tenía una agenda cargada.

Reuniones en el Ayuntamiento, juntas en el partido, comisiones, visitas de ciudadanos, estudios técnicos, comidas políticas, viajes a Vitoria, plenos en el Parlamento Vasco, ruedas de prensa y entrevistas a medios de comunicación engordaban diariamente su plan de trabajo, perfectamente coordinado por su secretaria. «Era un trabajador disciplinado. Riguroso en su quehacer y su mayor virtud era la vocación de servicio público que ostentaba», aseguran sus compañeros de partido.

A la siete de la mañana ya recogía toda la prensa diaria en el kiosko cercano a su domicilio. Se montaba en el coche y de reojo observaba los titulares y las reacciones habidas esa jornada en la esfera política. Lo primero que leía era la sección municipal. Llegaba al Ayuntamiento a las 7.30 de la mañana. Sin duda, era el concejal más madrugador.

Los fax, en marcha

Nada más llegar a su despacho, ya tenía las ideas ordenadas sobre qué estrategia debía plantear ante los temas que merecían su atención. Durante una hora, y casi hasta las 8.30, utilizaba este tiempo para redactar los primeros fax de la jornada. Las hojas con el membrete del PP y su firma llegaban a las redacciones a primeras horas.

Siempre le acompañaba su teléfono móvil y su fax, que se lo llevaba consigo hasta cuando se desplazaba con su mujer, Ana Iribar, y su hijo, Javier, de vacaciones. Allí donde estuviera, siempre estaba al tanto de la noticia. Cuando estaba fuera por diversas



Gregorio Ordóñez besa a su mujer, Ana Iribar, en el día de su boda./USOZ

Su mayor ilusión era trabajar para que su hijo pudiera vivir en «un mundo mejor y lleno de paz»

causas recibía las páginas de los periódicos a través del fax y dictaba sus notas a su secretaria.

A las 8.30 ya tenía todo programado en el Ayuntamiento. Acudía a las comisiones, solicitaba informes a sus técnicos y recibía una auténtica peregrinación de visitas de los ciudadanos. Las puertas de su despacho municipal siempre estaban abiertas para cualquier consulta. «Era, sin duda, el concejal más visitado en el Ayuntamiento. No había quien le superase», afirmaban sus colaboradores.

En su mesa redonda del Ayuntamiento despachaba a los periodistas municipales —siempre se

le acumulaban montones de informes a su alrededor— para analizar un aspecto de la actualidad municipal. Allí se sentaba con asociaciones de vecinos y todo tipo de ciudadanos que acudían para que les resolviera un problema. «Atendía a todos. Tenía la capacidad de tener en su despacho a tres o cinco visitas a la vez. Su agenda la cumplía a rajatabla», recuerdan sus allegados.

Era de los últimos en salir del Ayuntamiento por la mañana. Solía hacerlo sobre las dos y media. Si tenía comida de compromiso, acudía a ella, aunque fuera con retraso. «Siempre prevalecía

su deseo de servicio». Y si no había comida establecida, almorzaba algo suave en la Parte Vieja con sus colaboradores.

Aprendía euskera

Después de comer se dirigía al Ayuntamiento. Recibía diariamente clases de euskera desde hace cuatro años. Ya entendía. Le resultaba algo difícil porque tenía poco tiempo para estudiar, pero su gran ilusión era dar un discurso en euskera.

A las cinco de la tarde abría el despacho, más llamadas y más visitas. Incluso, entre los vecinos, se producían disputas para entrar primero. A veces daba la sensación de que su oficina era una consulta médica de ambulatorio. Decía habitualmente que su secreto era vivir al día en la calle y conectar con las inquietudes de los ciudadanos.

Tras el nacimiento de su hijo, Javier, hace trece meses, había

llegado a un compromiso con su mujer para volver a casa a las ocho. Diariamente se encargaba de bañar al niño y ayudaba en las labores del hogar. Era precisamente Ordóñez quien planchaba la ropa.

Compromiso con su hijo

Le gustaba atender a su hijo y a su mujer, una vez que conseguía librarse del trabajo. También tenía tiempo para mantener sus amistades. Precisamente, un amigo íntimo de Ordóñez, recuerda que «le gustaba comer y disfrutaba de la buena cocina». También afirma que cuando había una celebración era Ordóñez el más bullicioso. «Si se iba de marcha, no miraba el reloj. Bailaba sin parar rock and roll y, después, a la mañana se despertaba a su hora de forma disciplinada».

Era una persona muy humana. Fuera de su tarea política se convertía en un padrastro. Los fines de semana los dedicaba en exclusiva a su familia. Su meta política era ser alcalde San Sebastián, pero a sus amigos confesaba que su ilusión era «que mi hijo viva en un mundo mejor y lleno de paz».

Los sábados, en bici

Los sábados por la mañana tenía tiempo para escaparse en bicicleta hasta Goizueta. Si tenía que acudir a algún acto al mediodía, solía emprender la marcha a las ocho de la mañana. Le gustaba hacer ejercicio porque consideraba que era bueno para la salud y para descargar tensiones.

No había excusas para saltarse el domingo la exclusividad familiar. «Le gustaba el fútbol y sacrificó acudir a Anoeta para estar con su hijo», afirman sus colaboradores cercanos.

La capacidad de trabajo la asimiló en el seno de su familia. Nació en Venezuela porque sus padres —que ahora residen en Alicante— emigraron a aquel país. Al regreso a San Sebastián, con unos pequeños ahorros, abrieron una lavandería en Ulúa, donde vivía toda la familia.

Siempre reconoció el sacrificio de sus padres, que se esforzaron para darle estudios y carrera. Era periodista y, según afirman sus compañeros, «nunca dejó de serlo; cada una de sus frases era un titular de prensa».

